

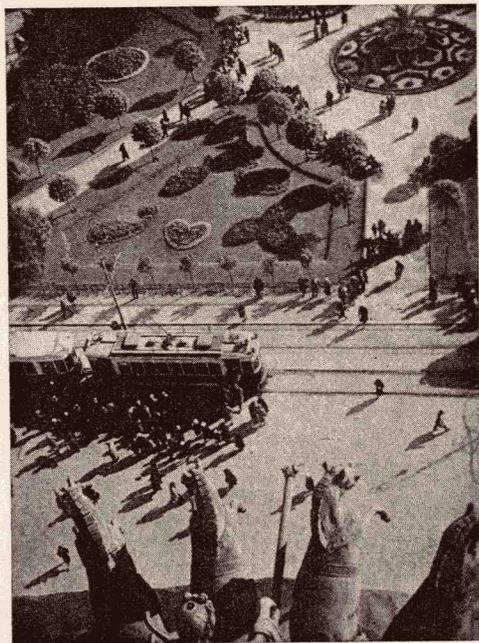


CARTAS CASERAS

XI

La Maternidad.—La Casa de los labradores.—El interior del Kramlin

Por fin, vamos a visitar la Maternidad. En el trayecto tenemos ocasión de observar que las mujeres son las encargadas de la limpieza de las calles, la mayoría de las cuales están empedradas como las peores de nuestra ciudad, y, algunas, en las que la hierba delata el poco tránsito que tienen, están con una disposición cóncava como el lecho de un río, porque, según la guía, tiene por objeto facilitar la circulación en invierno cuando la nieve helada



Moscú.—Plaza de Swerdlow

la dificulta. Pasamos por la plaza de Swerdlow (Fig. 1), por la de Puschkine (Fig. 2) y por la Casa de los Metalúrgicos (Fig. 3). Las fotografías "oficiales" dan una idea de las mismas. Como se puede observar no hay primeros planos de transeúntes.

La Maternidad es un antiguo edificio en el que estuvo instalado un hospital clínico. En este edificio hay instalada una exposición de objetos para niños pequeños. En unos estantes se ven infinidad de muestras de productos alimenticios, en otros, vestidos de distintos modelos y diferentes medidas, aparatos para enseñar a andar, juguetes entre los que descuellan una infinidad de soldaditos de plomo y metal, desde luego del ejército rojo, y que nos llaman la atención si se tiene en cuenta todo lo que ha sido censurada por los escritores marxistas la costumbre

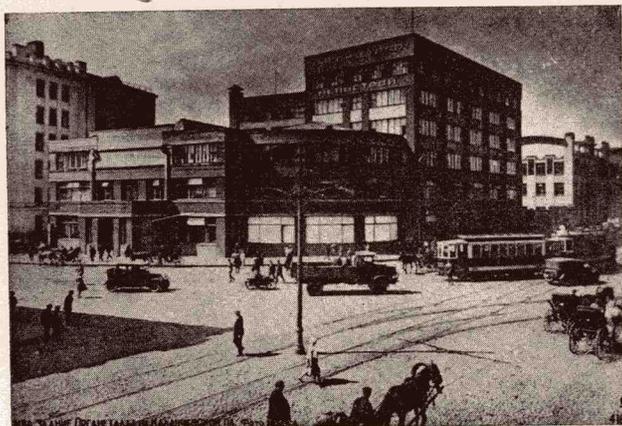
inveterada de que estos juegos fueran cosa corriente en casi todo el mundo no comunista.

Desparramados por la estancia hay infinidad de carteles murales sobre vulgarización de profilaxis de



Moscú.—Plaza de Puschkin

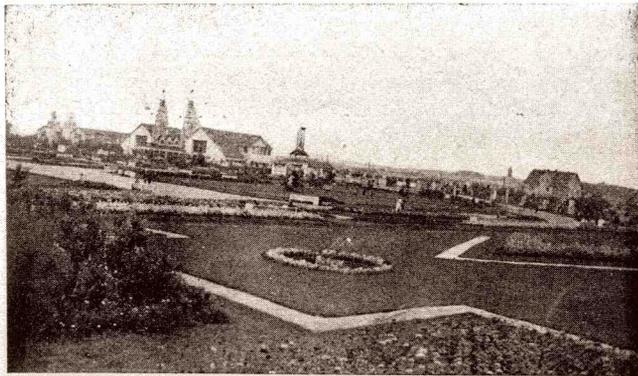
enfermedades, que nos recuerdan los de la dirección de Sanidad de nuestra patria. De no ser porque las leyendas van en ruso diríamos que han sido editados en la misma imprenta. Tal es, la semejanza. Otros carteles representan distintas labores agrícolas e industriales. En otros locales hay una especie de habitaciones-modelo de las que, según la guía, constituyen la vivienda de todos los niños rusos.



Moscú.—La Casa de los metalúrgicos

Desde aquí, fuimos a ver otra casa, vieja también y regularmente instalada, que la denominan Casa de los Labradores. Se trata de una residencia para la-

bradores forasteros que vayan a Moscou y, en la que, a la par que alojamiento, reciben enseñanzas técnicas sobre asuntos agrícolas.



Moscú.—Parque Máximo Gorki

En un parque de deportes y atracciones verdaderamente enorme, con cabida para cincuenta mil personas, presenciábamos una fiesta de aviación en la que tomaron parte como oradores, pues la fiesta se redujo a escuchar unos cuantos discursos, entre otros, el Director de la Aviación rusa, todos los cuales iban uniformados con el traje de jefes del ejército rojo. Antes de terminar esta fiesta del Teatro Verde, como pomposamente fué anunciada, nos encaminamos al hotel para, después de cenar, acudir a una representación del cinematógrafo ruso. El local del cine, lleno completamente. Tiene por localidades unos bancos de madera toscamente fabricados y sin ninguna comodidad. La película, hablada como es natural, en ruso, tiene el argumento tendencioso de todas las películas soviéticas. Entre lo que vemos y lo que nos traduce la guía, nos damos perfecta cuenta de aquél: Se hace la comparación entre la vida de una mujer norteamericana y una bolchevique. Una y otra son casadas. Mientras la primera tiene de marido un ingeniero que le satisface todos sus lujos y caprichos, la pobre rusa está desposada con un obrero que apenas si gana lo más indispensable para vivir. Las dos quedan viudas; y, en tanto la yanqui perece en la indigencia, la rusa, que pasando privaciones y sufrimientos ha trabajado con ahinco, llega a ser directora de una fábrica y a vivir con toda comodidad.



Moscú.—Edificios en construcción (a la derecha, construcción de un Hotel de 1.200 habitaciones)

El Kremlin. Antes de entrar en el recinto de este *Capitolio ruso*, acabamos de recorrer toda la muralla que lo rodea. En sus muros, altos y coronados de torres en lo alto de las que campean to-

davía los emblemas religiosos e imperiales del zarismo, se abren cinco puertas, entre ellas, la Spaskija Wrota o del Salvador, en la que había una imagen milagrosa ante la que era obligatorio descubrirse y, en lugar de la cual, Lenin mandó poner la famosa máxima de que «La Religión es el opio del pueblo».

En el mismo automóvil penetramos en el recinto del Kremlin.

Los soldados rojos que guardan la entrada se acercan a la guía para recordarle la prohibición absoluta de obtener fotografías en el interior de esta fortaleza.

El interior del Kremlin contiene soberbios palacios e iglesias. La guía nos dice que en él reside habitualmente la mujer de Lenin dedicada a sus tareas de directora de un ramo de la instrucción del pueblo. En uno de aquellos soberbios palacios vive el actual dictador rojo Stalin.

En el interior, el edificio más soberbio de todos es el gran Palacio construido desde el 1838 al 1849. Tiene dos pisos y ocupa el mismo emplazamiento que tuviera el antiguo palacio de los zares, incendiado en 1812 y desde el que el gran Napoleón contempló el incendio de Moscou y escribió aquellas



Moscú.—El Kremlin

cartas a su mujer María Luisa, tan llenas de ternura y que hace poco hubo ocasión de conocer a través de la prensa francesa al adquirir el gobierno de la vecina república, el epistolario amoroso del ilustre Bonaparte puesto a venta en pública subasta en Londres. Del vestibulo del palacio cuyo techo sostienen cuatro columnas monolíticas de mármol gris, arranca la magnífica escalera con cincuenta y seis gradas y cinco mesetas. En el fondo hay un magnífico cuadro del pintor Ivón representando la batalla de Kulikovo, y en lo más alto de la escalinata, dos enormes candelabros de cristal de estilo Renacimiento. Después de una pequeña antecámara, está la sala de San Jorge, que es la mayor de Moscou y mide 61 metros de longitud por 19 de anchura, magníficamente decorada en blanco y oro. El plafón descansa sobre dieciocho columnas, y, en las paredes guardadas con placas de mármol blanco se leen, en letras doradas, los nombres de ejércitos zaristas distinguidos por azañas guerreras, y los de oficiales condecorados con la orden de San Jorge. Está iluminada por tres mil doscientas luces, y, actualmente, muy cuidada aún, da una clara idea de la fastuosidad y magnificencia de las fiestas que en ella encontraron adecuado escenario.

Sigue a esta sala, la no menos suntuosa de San

Alejandro, decorada en rojo y oro, llamada así en honor de la orden de San Alejandro Nevsky, fundada por Catalina I en 1725. Enormes espejos existentes frente a las ventanas, reflejan una gran extensión de la ciudad, contribuyendo a hacer más fantástico el aspecto de la sala por la noche, sus cuatro mil quinientas luces. En la sala de San Andrés, azul y oro, está el trono imperial construido en 1896 para la coronación de Nicolás II. Vienen luego, una serie de piezas lujosamente decoradas y que en su tiempo fueron ocupadas por las damas de la emperatriz; la pequeña iglesia de la Natividad y las habitaciones destinadas al heredero del trono. Entre estas dependencias, la más notable es el salón o cámara de plata donde hay una infinidad de objetos de este metal y cuatro gobelinos con escenas del Quijote, de Cervantes, de lo cual, nos enorgullecemos como españoles.

Salimos de aquí anodados y pensando en el ensueño que debió ser la Rusia de los Zares en todo su apogeo y esplendor contemplado desde estos lugares que ahora visitamos.

Entramos luego, en el palacio Nicolaiewsky, mandado levantar por Catalina II. En las distintas salas de éste, convertido casi todo en museo, vamos contemplando infinidad de objetos guerreros de los zares y grandes duques de los siglos doce, trece y quince. Objetos religiosos y de arte de los empleados en las ceremonias de consagración de los zares. En una vitrina se guarda un magnífico collar de oro macizo, y del cual, como cortados en rodajas, se obtuvieron los primeros rublos que circularon en Rusia. En otra sala, con bóvedas magníficas y arañas fantásticas para la iluminación, contemplamos una infinidad de armaduras de los siglos catorce y quince de las que se utilizaban por aquel entonces en los países de Oriente y Occidente. En la misma sala, se conserva el soberbio trono de Boris Goudonoff. La corona que le regalaron los tártaros de Kazán. Objetos religiosos pertenecientes al antiguo patriarca de Moscou de los siglos dieciseis y diecisiete. El trono del primer zar de la dinastía de los Romanoff. Un maravilloso trono construido en márfil que le regaló su esposa al zar Juan III. El trono del zar Alejo. Infinidad de fusiles y pistolas de todas las épocas, calibres, sistemas y dedicatorias.

En la sala tercera de este palacio, se llega al máximo de la admiración al contemplar la maravilla de objetos religiosos de incalculable valor, pertenecientes al patriarca de Moscou y traídos al Kremlin a raíz de la revolución. Una serie de regalos hechos a los zares, cada uno de los cuales, es una maravilla. Un ajedrez fantástico con las figuras talladas en oro macizo y de un tamaño un poco mayor de las que se utilizan habitualmente. Un tren en miniatura todo de oro macizo, con una perfección suma en todos sus detalles y construcción. En otra vitrina, se admiran tres huevos de cristal, en el interior de los cuales, hay un barco todo de oro y platino y con todos sus detalles, que la imaginación más portentosa es incapaz de concebir. En la misma sala, está el trono en el que se sentaron de niños, Iván el Terrible y su hermana; este trono lleva detrás una especie de ventana muy bien disimulada y por la que los palatinos dictaban al zar

las contestaciones que debía dar a las preguntas que se le dirigieran. Otra maravilla que contemplamos en esta sala es, un águila con todas las plumas de marfil y que mediante un dispositivo pueden ponerse erizadas. En una urna hay un cinturón construido todo en marfil y compuesto por infinidad de anillas pequeñas, haciendo intrincados dibujos, que parece una ilusión más que una realidad, sin que baste a convencernos de ella, el saber que se tardó cincuenta años en su construcción y que en ella se ocuparon siervos de modo y manera que el trabajo no se interrumpiera ni por un solo instante.

En otra sala, hay infinidad de trajes de todos los tejidos y de todos los grandes pueblos que constituían el antiguo imperio de Rusia. Un número incalculable de monturas de todos los tipos y entre las que descuella una perteneciente a Catalina II a quién la regaló el sultán, y que adornada por infinidad de piedras preciosas, es algo más que maravilloso. Un coche pequeño de Catalina la Grande y que en vez de cristales tiene unas placas grandes de mica, verdaderamente interesante. Varios coches y carrozas de corte, destacando entre todos una magnífica carroza-trineo empleada para hacer largos viajes y que en su interior hay una mesa para convertirla en comedor y un dispositivo para transformarla en dormitorio. En unos magníficos armarios cuidadosamente iluminados, están una serie interminable de trajes y objetos pertenecientes a Catalina II. En un rincón de la estancia se ve la cuna en que fué mecido el zar Alejandro I.

Después, fuimos a visitar la iglesia de la Asunción o Uspensky Sobor. Esta catedral, muy antigua, fué construida en madera el año 1326 por Juan Kalita, siendo reedificada en piedra en 1479 por Fioraventi de Bolonia, con arreglo al estilo mixto bizantinotártaro. Pasto de las llamas en 1493, 1547, 1682 y 1812 ha vuelto a ser reconstruida otras tantas veces según su primitiva forma. Ocupa el centro del Kremlin y forma un cuadrilátero de 38 metros de longitud por 25 de anchura, con una bóveda gigantesca de 42 metros de elevación que se destaca entre otras cuatro más pequeñas. Los muros y pilares están adornados de santos, lo mismo que el exterior. Recibe la luz por medio de ventanales altos y estrechos. En el interior hay varias pinturas al fresco, representando el Juicio final; episodios de la vida de la Virgen y los siete Concilios de la Iglesia griega. Las columnas también están pintadas sobre fondo de oro con figuras de ángeles, santos, monjes y guerreros. La parte alta de los muros, al igual que la de los pilares, aparece dorada hasta las cúpulas. Aquí están las sepulturas de nueve patriarcas: José, Job, José I, Filareto, Hermógenes, José II, Pitirim, Joaquín y Adriano. En esta catedral se consagraban los zares. Allí está el trono empleado en la consagración de los mismos. En unas vitrinas se guardan objetos populares conmemorativos de la consagración de Nicolás II. Impresionan una infinidad de bolsas, con dulces y dinero, de las que se arrojaban a la multitud para celebrar la ceremonia. Unos cuadros como estadísticas ponen de manifiesto el despilfarro que constituía una ceremonia de esta naturaleza. Según los datos allí apuntados, en la consagración de Nicolás II, se gastaron siete mi

llones de rublos oro. Unos cuadros al óleo, representan la escena de la consagración de los últimos zares. Llama la atención, uno que representa la coronación de Catalina II. Otros cuadros, hacen alusión a las víctimas que, durante la consagración del último Romanoff, se produjeron en el hundimiento de una tribuna, que algunos interpretaron como un triste augurio que la realidad confirmó después. En otras vitrinas hay una infinidad de objetos religiosos y de reliquias de santos e iconos. Hay también unos cuantos esqueletos y peces disecados procedentes del Jordán y que se consideraban como iconos.

Entre las varias capillas notables que la catedral encierra, sobresale una de cobre dorado que guardaba el vestido y sudario de la Virgen, regalados en 1626 por el Sha de Persia, Abbas, a Miguel Teodorovitch, así como un clavo de la Vera Cruz, donativo del zar de Georgia, Artheil. El iconostasio o presbiterio, renovado en 1882, estaba adornado con cinco hileras de estatuas y profusión de piedras preciosas. Actualmente está abandonado, sucio, mal-trecho y despojado de aquellos objetos de algún valor. A la izquierda de la Puerta Sagrada, se ve la célebre imagen de la Virgen de Vladimiro, atribuida al evangelista San Lucas. En su antiguo esplendor, excedía de cinco mil kilogramos el peso del oro existente en el iconostasio, tras el cual hay aún restos del antiguo santuario sobre el que había un friso de marmol con un monte Sinai, de oro todo, en cuya cima había una efigie de Moisés con las Tablas de la Ley. Actualmente, como tantas otras, ha sido despojada de todas las cosas de valor y se observa un abandono tal, que no se sabe si atribuirlo a desidia e interés en que se desmorone enseguida semejante maravilla o a un cierto y oculto respeto o temor explicable en un pueblo tan religioso siempre.

Frente a esta catedral, está la de San Miguel Arcángel o Archangelsky-Sobor que data de 1333, si bien fué reconstruída en 1505 por Novi el Milanes. Es semejante a la anterior y como ella, está tan sucia y abandonada contrastando con el antiguo

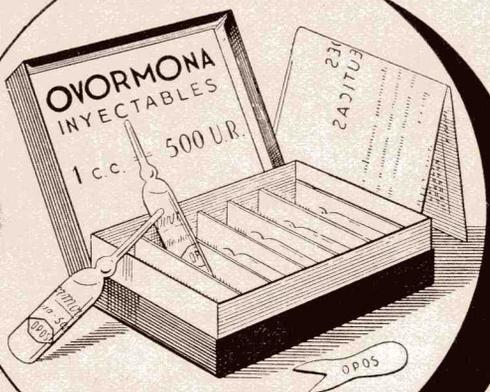
esplendor y magnificencia. Contiene los sepulcros de los zares desde Juan Kalita a Juan Alexeiewitsch. Las pinturas murales, ejecutadas en 1680 por Ter-molaiev y restauradas en 1743, representan los soberanos muertos y el juicio final. Al pie, están los modestos sarcófagos de los príncipes, cubiertos por tapices. En una capillita, está el del hijo de Iván el Terrible, en el mismo sitio en que fué muerto por su padre.

A la salida y sobre un sólido pedestal colocado al pie de la torre del templo de Juan el Grande o Iván Veliki, vemos la famosa campana Tzar Kolokol, que mide más de 18 metros de circunferencia, tiene seis metros de altura y pesa 196.000 kilogramos, siendo la mayor del mundo. No ha sonado nunca, pues se cayó y partió, al intentar colocarla. Nos situamos alrededor para que nos haga una fotografía uno de los expedicionarios, pero la guía, formalmente y con una gran insistencia, no lo permite. Nos dice que hay una entidad que tiene la exclusiva para la obtención de fotografías y que si queremos nos podremos dirigir a ella. No lo intentamos siquiera.

Vemos después, la iglesia de la Anunciación, donde se celebraban los matrimonios reales. En ella se conserva la imagen de la Virgen que llevaban los rusos cuando obtuvieron su primera victoria sobre los tártaros en 1830. Otra iglesia en el interior del Kremlin, es la de Juan Velki (Juan el Grande), la cual, llama la atención, por su campanario aislado en la magnífica torre de 98 metros, rematada por una hermosa cúpula de cobre. Las campanas son gigantescas, sobre todo el bordón fundido en 1817, que pesa más de 64 toneladas. Abru-mados y aturdidos por tanta grandeza, todavía al trasponer las murallas del grandioso conjunto edificado, nos enfrentamos con el famoso cañón Far Puschka, mandado fundir por Feodor Ivanovitsch. Pesa 393 quintales. Según la guía, no sirvió mas que para asustar a los pobres moscovitas. Lo que sí es cierto, que las granadas que le rodean tienen doble diámetro que el calibre del cañón.

RICARDO ROYO VILLANOVA.

INYECTABLES



OVORMONA-OPOS



LABORATORIOS SERRA

REPRESENTANTE EN ZARAGOZA: PRUDENCIO SANZ
ESCUELAS PIAS, 33 Y 35, 3.º

MUESTRAS GRATUITAS PARA LOS SEÑORES MÉDICOS

GOTAS